

La vida ejemplar
de Mariano Ospina Pérez

José Alvear Sanín

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

La vida ejemplar de Mariano Ospina Pérez

© José Alvear Sanín

Primera edición 1984

Reimpresión junio de 2020

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Cel 9082624010

New York USA

ISBN 9781663520074

Sin autorización escrita firmada por el editor, no se podrá reproducir esta obra en ninguno de los medios existentes para el mercado literario. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito legal.

INDICE

Advertencia	6
Prólogo	7
Prefacio	15
Capítulo I Raíces familiares e ideológicas	31
Capítulo II Mariano Ospina Pérez en su primer entorno	43
Capítulo III Primicias de un estadista	89
Capítulo IV La federación y la caja	89
Capítulo V El gobierno de unión nacional	97
Capítulo VI Bajo Rojas y Gómez	207
Capítulo VII La gran empresa del frente nacional	231

Advertencia

Comprimir en pocas páginas la vida ejemplar de Mariano Ospina Pérez exige especial concisión, porque debemos hacer énfasis en las iniciativas de cambio y desarrollo anteriores a su presidencia; en su mandato fecundo; en sus obras de carácter social, particularmente en relación al pueblo campesino y la clase trabajadora; sin olvidar, finalmente, su tarea como líder pacificador e integrador, esencialmente en sus últimos veinte años de existencia.

La parábola vital de Ospina se confunde con la formación del país moderno y en esa empresa ninguna figura nacional aventaja a la de nuestro personaje, motor desde mediados de los años 20, de instituciones trascendentales para la vida económica de Colombia.

Además, desde 1946 hasta su muerte domina la escena conservadora y su jefatura del partido, a veces disputada, se extiende desde 1950 hasta 1976. Su vida se extingue en las postrimerías del Frente Nacional, del cual fue primero ideólogo y luego el gestor y orientador, lo cual añade especial significación histórica a su figura.

Lo reducido, pues, del espacio nos obliga a despojarnos de todo lo circunstancial y anecdótico para concentrarnos en las tendencias catalizadas por Ospina Pérez, en las ideas encarnadas por él y en los aspectos fundamentales de sus principales realizaciones.

Este es, por lo tanto, apenas un trabajo preliminar. Basta detenerse en los cuatro tomos y las 1721 páginas de la vida de Ospina Rodríguez, de Estanislao Gómez Barrientos, para comprender los esfuerzos que requeriría una verdadera biografía de Ospina Pérez, que tiene necesariamente que enmarcarse dentro de la historia del conservatismo, desde sus orígenes en 1849 hasta la desaparición de su más connotado jefe histórico en 1976.

Prólogo

Es para mí un señalado privilegio escribir unas palabras de Prólogo para el estupendo libro de José Alvear Sanín sobre **La Vida Ejemplar de Mariano Ospina Pérez**.

En primer término, porque admiro la prosa elegante y la independencia conceptual de José Alvear. Y su consistencia filosófica. Pocas personas en el país podrían haber emprendido la larga tarea investigativa con tan buenas credenciales. Alvear es un conservador integral, y un hombre de carácter, que se mueve en la vida impulsado única y principalmente por la solidez de sus convicciones.

Esto le da a su obra sobre el doctor Ospina una credibilidad a toda prueba. Sus juicios —y son abundantes— serán probablemente motivo de controversia. Y así debe ser. Pues escribe sobre la vida de un hombre que recorrió el siglo, en medio de los más grandes conflictos de nuestra historia contemporánea, y cuyas acciones fueron determinantes en la conformación de las instituciones nacionales.

En segundo término, la obra de Alvear tiene un importante sentido reivindicativo. La narración de la Historia de Colombia había caído, en las últimas décadas, en manos de una izquierda obnubilada por los dogmas de un marxismo que todavía, en los esquemas mentales, no se quiere extinguir.

Si bien el marxismo se terminó como fórmula política y de organización de la producción con el colapso del Bloque Oriental, todavía pervive en la metodología “científica” y en los conceptos políticos de los académicos de izquierda. Es la toma del “poder cultural” de que hablaba Gramsci, que en nuestro medio, con los auspicios de las entidades culturales y universitarias del Estado, se

ha ido convirtiendo en una mediocre dictadura intelectual. Es bienvenido, por lo tanto, el intento de dejar de escribir historia política, para comenzar a narrar la historia de la política.

* * *

Las nuevas generaciones tenemos el derecho a conocer la historia contemporánea en una forma objetiva, profesional y científica, misión esta que, infortunadamente, no han cumplido las academias. Es notoria la forma como la historia contemporánea se ha dejado en manos de amateurs, mientras los esfuerzos académicos cubren los primeros siglos de la nacionalidad.

Pasada la guerra de independencia, la historiografía decae notablemente. El siglo XIX es el gran desposeído de cronistas y narradores. Sobre la Guerra de los Mil Días existen apenas media docena de relatos pobres. Y los albores del nuevo siglo surgen con la muerte de la historiografía.

La **hegemonía conservadora y el régimen liberal** carecen inclusive de memorias. Y por ello se han llenado de convicciones simples, periodísticas, que no requieren investigación. Se tejen en torno de la ignorancia las leyendas negras de la historia nacional para sostener, sobre ellas, la débil estructura de unos partidos que no encuentran otra manera de convocar la adhesión del pueblo que por medio del recuerdo de los odios.

Es así como se han ido magnificando las cifras de los muertos, en cada ocasión terrible, para convertir la falsedad estadística en un soporte de la política de los partidos. La “masacre” de las bananeras, por ejemplo, que va recogiendo muertos con la lejanía, ya va en miles de ellos, cuando la verdad histórica, comprobable, no supera el medio centenar...

La ‘violencia conservadora’, a su turno, sin base científica alguna, supera las 300. 000 víctimas. Pero el período de la **hegemo-**

nía liberal, cuando el poder se utilizó por vez primera en este siglo para diezmar las mayorías del partido contrario, no tiene biógrafos, ni narradores, ni expertos en estadística, ni ratones de archivo...

El hecho de que el partido conservador ganó las elecciones de mitaca del gobierno de Olaya Herrera, el cual permitió el desencadenamiento de una terrible persecución oficial, no ha sido tenido en cuenta como el origen histórico de la violencia colombiana...

Hay que poder mirar la historia en perspectiva, y tal vez por ello mismo es mejor que lo hagan quienes no han vivido los episodios partidistas.

Quien estas palabras escribe, no tuvo siquiera el honor insignificante de conocer al presidente Mariano Ospina Pérez.

Siendo apenas un novel columnista del periódico El Siglo, en la tarde del 15 de abril de 1976, sintiendo que la muerte de Ospina era un inmenso acontecimiento para el país, se coló en el cementerio para acompañar al gran hombre en su partida.

De allí en adelante he comprendido que el estudio desapasionado de la historia hace parte de la militancia política. Porque la historia de los partidos es la que los ata con la tradición, y les permite proyectar sus acciones, en forma deliberada, hacia el porvenir.

Un partido sin historia no tiene raíces culturales, y pierde la capacidad de convocar las mayorías en una forma estructurada, que desprecie el fácil y peligroso instrumento del populismo. El Partido Conservador debe reivindicarse con su historia, siglo y medio de acciones determinantes que han construido, con el liberalismo, las instituciones nacionales.

Y la comprensión de la figura de sus grandes hombres es el comienzo de esta historia positiva sobre la cual deberemos, en el futuro cercano, comenzar la reconstrucción de nuestra identidad.

El doctor Ospina fue el último de los jefes naturales del Partido Conservador. Su vida se entrelazó, dialécticamente, con la de los grandes caudillos contemporáneos, y con su muerte se cerró, definitivamente, una importante etapa de liderazgo que el conservatismo no volverá a tener. Desde Guillermo Valencia hasta Álvaro Gómez, pasando por las figuras cimeras de Laureano Gómez, Guillermo León Valencia, Gilberto Alzate y Misael Pastrana Borrero, hay 50 años de historia que son los 50 años del crecimiento nacional.

En esa época turbulenta se construyó la modernidad. Una sociedad pastoril, paupérrima, homogéneamente miserable, tuvo en este medio siglo el principio de su redención humana.

Los procesos productivos sobre los cuales se podría basar el desarrollo, y que preocupaban intensamente al doctor Ospina, desataron sus fuerzas constructivas para sentar las bases de un crecimiento integral del hombre, de su creatividad, de sus potenciales laborales y de su perfeccionamiento moral, por medio de la educación.

Los últimos cincuenta años de la vida colombiana son el periodo de mayores realizaciones políticas. Se construyó una nación pre-industrial cuya mayor riqueza es el recurso humano. Una sociedad urbana, de clase media profesional, con alguna capacidad de consumo por primera vez en la historia nacional.

Sobre esta capacidad de consumo de las clases medias, se puede ahora comenzar a edificar un capitalismo de rostro humano, que coloque al país, a la vuelta del siglo XX, entre las naciones desarrolladas.

Todo este milagro económico se ha logrado bajo la dirigencia de una clase política y empresarial de primera magnitud. Y el lide-